

Fe y razón

Rosendo Huesca*

1ª: Parte la. situacion

“*Conócete a ti mismo*”, esta frase esculpida sobre el dintel del templo de Delfos es el punto de partida de la reflexión. Manifiesta la verdad fundamental de la naturaleza humana que se distingue en la creación como poseedora de la conciencia. ¿Quién soy?, ¿de dónde vengo?, ¿a dónde voy?, ¿qué son las otras cosas?, ¿porqué existe el mal?, ¿qué es la muerte?, ¿qué hay después de la vida?. Estas preguntas fundamentales están contenidas no sólo en la religión cristiana sino en todas las grandes religiones de Oriente y Occidente y en los grandes sistemas filosóficos, así se manifiesta su origen común en la capacidad y necesidad del corazón humano de buscar el profundo sentido de la realidad, es decir la verdad.

Entre los varios caminos del hombre para sentir y responder estos interrogantes destaca la Filosofía: “*amor de la sabiduría*”, que nació y creció con el hombre, que buscó desde el principio la verdad. Las diferencias en las respuestas de la diversas culturas manifiestan la complementariedad y límites del pensamiento humano.

En todas las culturas la filosofía ha sido la base de su génesis tanto en Oriente como en Occidente. Esto se hace claro cuando examinamos en cada cultura las normas básicas y los principios de la convivencia.

Recta razón

De aquí nace el que a pesar del cambio de tiempos, progresos del saber y matices de culturas, exista un núcleo de conocimientos (sabiduría) cuya presencia es necesaria y constante en el pensamiento humano. Pensemos en el principio de no contradicción, de finalidad, de causalidad en los principales principios matemáticos y científicos. Así se forma “*EL PATRIMONIO ESPIRITUAL DE LA HUMANIDAD*”. Que por ser compartido debe ser la base o punto de referencia para todo sistema de pensamiento.

La confusión

En nuestros días la búsqueda de la verdad parece a menudo obscurecida; aunque el pensamiento actual tenga el gran mérito de centrarse en el hombre y de conocerle cada vez más y mejor, no ha evitado el riesgo de indagar en forma unilateral como si el hombre fuese el objeto y sujeto cerrado en sí mismo, desestimando su vocación orientada hacia una Verdad que

le trasciende. Así el pensamiento sobre el hombre ha quedado a merced de criterios pragmático experimentales científicos y técnicos: ha quedado al arbitrio del limitado aunque fascinante horizonte de las ciencias. La razón se ha doblegado sobre sí misma haciéndose incapaz de levantar la mirada y de atreverse a alcanzar la Verdad del ser.

Así llegamos a lo que llamamos sin mucha reflexión los “ismos”: racionalismo, positivismo, pragmatismo, desembocando todos en cierto agnosticismo y relativismo.

Esto no es descalificar el legítimo pluralismo de posiciones, sino advertir sobre su exceso que lleva a las arenas movedizas de la duda ante la convicción que todas las posiciones son válidas, lo que genera no la verdad, sino la desconfianza en la verdad.

Es preciso ayudar al hombre para que al umbral del tercer milenio tome conciencia nueva de los recursos y caminos que tiene a su alcance para entenderse así mismo y a su historia.

“En el principio existía la palabra y puso su casa entre nosotros”

Este es el punto de partida y de llegada de toda la reflexión que la Iglesia lleva a cabo y anuncia. Su verdad no nace de ella misma sino de la escucha de la Palabra. Dios por amor ha roto el velo que le ocultaba y gratuitamente viene hacia el hombre para darse a conocer, y en esa verdad le guía al más completo conocimiento sobre si mismo y la creación.

El Concilio Vaticano I proclama y explica este carácter gratuito y sobrenatural de la Palabra divina. El pensamiento de aquellos días deslumbrado por la luz de la razón humana, no aceptaba conocimiento que no fuese fruto de las capacidades de la razón humana. Es preciso que además del conocimiento propio de la razón humana capaz de llegar a los misterios de la naturaleza y del hombre mismo y aún de encontrarse con Dios, existe el conocimiento peculiar de la fe que se basa en el hecho mismo de que Dios habla y revela Su Verdad. Así razón y fe son hermanas en el corazón amoroso de Dios y no pueden contradecirse.

La **Palabra Encarnada**, Jesús revelador, nos dice que este mensaje de verdad que salva se realiza por las obras y palabras de Dios en la historia: las obras manifiestan y confirman la doctrina y las palabras, las palabras proclaman y explican las obras y su misterio.

Así la sabiduría de Dios comunicada al hombre se inserta y se vuelve tiempo e historia: el camino que hay que recorrer en el encuentro y de la mano de la verdad hasta que se cumplan las promesas divinas. La historia es el espacio y el tiempo de la sabiduría de Dios que lleva a plenitud la vida del hombre.

El misterio

La revelación está llena de misterio por el límite de nuestro entendimiento. Por eso el hombre tiene que someterse a la Sabiduría con la fe. Este acto de amor ante Dios es una opción fundamental que implica toda la persona. En la fe la inteligencia y la libertad no solo están presentes, sino son indispensables. La fe es la máxima expresión de la inteligencia y la libertad.

Los signos

La distancia abismal entre el misterio de Dios y la realidad del hombre

se cierra por la encarnación del Logos: la Palabra se hizo hombre. Pero Jesús resucitado y glorioso retorna al misterio de Dios. Para nosotros seres compuestos de espíritu y materia, esta distancia se reduce, se humaniza por los signos sacramentales, realidades humanas: agua, pan, vino, óleo, palabra, que significan y encierran el misterio del Verbo Encarnado. Pascal dijo: *“como Jesucristo permaneció desconocido entre los hombres, del mismo modo su verdad permanece entre las opiniones comunes, sin diferencia exterior. Así queda la Eucaristía entre el pan común”*.

La revelación introduce en la historia un punto de referencia del que el hombre no puede prescindir para llegar a comprender el misterio de su existencia, pero a la vez le confronta con el misterio de Dios que la mente humana no puede agotar sino acoger en la fe. San Anselmo nos expresa: *“Señor, tú no eres solamente aquel de quien no se puede pensar nada mayor, sino que eres más grande de todo lo que se pueda pensar, si tú no fueras así, se podría pensar alguna cosa más grande que tú pero esto no puede ser”*.

2ª: Parte la relación: Fe y razón

La encíclica sigue una exposición histórica de estas relaciones desde los primeros días de los Hechos de los Apóstoles hasta nuestro tiempo.

El primer encuentro

El anuncio cristiano tuvo que confrontarse desde el inicio con las corrientes, filosóficas de la época, y a la vez, rescatar y servirse de algunos contenidos de ese pensamiento que nunca pudo purificar de formas mitológicas la concepción que los hombres tenían de Dios: politeísmo, divinización de objetos y fenómenos naturales, origen de los dioses y del universo.

Fue un gran logro de los Padres de la Iglesia (maestros de la fe del siglo I al siglo VIII) mostrar y defender el vínculo entre la razón y la fe. Partiendo de principios universales del saber y de la palabra revelada, superaron los mitos antiguos y dieron fundamento racional a la creencia en Dios, dejando atrás las limitaciones y parcialidades de las antiguas tradiciones y trazando un camino más armonioso con las exigencias de la razón, así el análisis racional hizo que las supersticiones se abandonaran. Comenzó así un diálogo fecundo con la filosofía antigua desde el anuncio y la comprensión del Dios de Jesucristo.

Retos y riesgos

Este encuentro del cristianismo con la filosofía no fue ni rápido, ni fácil. Había mucha cautela ante varios elementos del mundo cultural pagano. Corintios 2,8: *“Mirad que nadie os esclavice mediante la vana falacia de una filosofía fundada en tradiciones humanas, según los elementos del mundo y no según Cristo”*. Este riesgo, está presente en diversas formas de **esoterismo** por la falta de sentido crítico que recomienda el apóstol. Ireneo y Tertuliano dan testimonio de estas reservas frente a una visión cultural que podía subordinar la Verdad Revelada al pensamiento de los filósofos.

La crítica de Celso diciendo que los cristianos son gente iletrada y ruda es contestada por Orígenes explicando que ellos se nutren de otra fuente de sabiduría. El Evangelio les ofrecía respuestas plenas y firmes

sobre cuestiones no resueltas por el pensamiento de los sabios de este mundo. El Evangelio aporta el derecho universal a la verdad abatidas todas las barreras, “no hay judío ni griego, pagano o creyente, hombre o mujer” todos son convocados a la sabiduría y salvación. El elitismo que caracterizaba a todas esas culturas en el encuentro con la verdad, queda definitivamente destruido.

Las primeras síntesis

San Justino, San Clemente de Alejandría, Orígenes, son los pioneros del encuentro positivo entre el pensamiento filosófico y el Evangelio. Ven en la filosofía un auxilio propedéutico para la fe, o una herramienta para defenderla. Orígenes asume la filosofía de Platón para explicar y defender la fe contra los ataques de pensadores de su tiempo, especialmente Celso..

Esta obra de síntesis con el pensamiento platónico fue culminada por San Agustín. Cito sus palabras “*El Obispo de Hipona consiguió hacer la primera gran síntesis del pensamiento filosófico y teológico en la que confluían las corrientes del pensamiento griego y latino...esta sería durante siglos la forma más elevada de especulación filosófica y teológica que el Occidente haya conocido*”, termina la cita.

La novedad alcanzada por los padres consiste en que acogieron plenamente la razón abierta a lo absoluto y le incorporaron la riqueza de la Revelación. No fue un mero encuentro cultural bajo la seducción del atractivo mutuo; sino que fue el encuentro profundo del hombre con su creador. Fueron conscientes de las convergencias pero nunca desconocieron las divergencias.

La teología Escolástica

La encíclica cubre este amplísimo tema con dos ejemplos magníficos: San Anselmo y Santo Tomás de Aquino.

Dice el Papa: “*Para el Santo Arzobispo de Canterbury la prioridad de la fe no es incompatible con la búsqueda propia de la razón. En efecto, ésta no está llamada a expresar un juicio sobre los contenidos de la fe, siendo incapaz de hacerlo por ser idónea para ello. Su tarea, más bien, es saber encontrar un sentido y descubrir las razones que permitan a todos entender los contenidos de la fe. San Anselmo acentúa el hecho de que el intelecto debe ir en búsqueda de lo que ama: cuanto más ama, más desea conocer. Quien vive para la verdad tiende hacia una forma de conocimiento que se inflama cada vez más de amor por lo que conoce, aun debiendo admitir que no ha hecho todavía todo lo que desearía...Se confirma una vez más la armonía fundamental del conocimiento filosófico y el de la fe: la fe requiere que su objeto sea comprendido con la ayuda de la razón; la razón, en el culmen de su búsqueda, admite como necesario lo que la fe le presenta.*”

La encíclica resalta el lugar principal que en este camino de diálogo entre la fe y la razón tiene Santo Tomás de Aquino. Nos dice

“*Tomás reconoce que la naturaleza, objeto propio de la filosofía, puede contribuir a la comprensión de la revelación divina. La fe, por tanto, no teme la razón, sino que la busca y confía en ella. Como la gracia supone la naturaleza y la perfecciona, así la fe supone y perfecciona la razón. Esta última, iluminada por la fe, es liberada de la fragilidad y de los límites que de-*

rivan de la desobediencia del pecado y encuentra la fuerza necesaria para elevarse al conocimiento del misterio de Dios Uno y Trino. Aun señalando con fuerza el carácter sobrenatural de la fe, el Doctor Angélico no ha olvidado el valor de su carácter racional; sino que ha sabido profundizar y precisar este sentido. En efecto, la fe es de algún modo <<ejercicio del pensamiento>>; la razón del hombre no queda anulada ni se envilece dando su asentimiento a los contenidos de la fe, que en todo caso se alcanzan mediante una opción libre y consciente". En seguida el Papa cita a su predecesor Paulo VI con este luminoso pensamiento "El punto capital y como el meollo de la solución casi profética a la nueva confrontación entre la razón y la fe, consiste en conciliar la secularidad del mundo con las tendencias radicales del Evangelio, sustrayéndose así a la tendencia innatural de despreciar el mundo y sus valores, pero sin eludir las exigencias supremas e inflexibles del orden sobrenatural".

El espíritu de sabiduría

Una intuición original e importantísima de Santo Tomás es la misión del Espíritu Santo que lleva a plenitud la ciencia del hombre. Establece esta tesis: *"toda verdad la diga quien la diga viene del Espíritu Santo"*. Demuestra la primacía del don que el Espíritu introduce en la razón para llevarla al conocimiento de las verdades divinas; pero no forzándola, sino llevándola más allá de sus límites. Como toda gracia supone la naturaleza y la perfecciona, así mismo, la fe supone la razón. El Espíritu Santo construye un estrecho vínculo entre la fuerza de la razón y el conocimiento de lo divino. La primera es fruto del esfuerzo humano, el segundo viene de arriba, es gracia. La sabiduría filosófica esta basada en la capacidad de la razón para indagar la realidad, la sabiduría nacida de la revelación recibe los contenidos de la fe llegando al misterio mismo de Dios.

El drama de la separación

Al nacer las primeras universidades la teología tuvo que distinguirse de otras formas de investigar y de saber. San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino fueron los primeros en reconocer a la vez el vínculo entre filosofía y teología y la debida separación y autonomía de las otras ciencias. Muy pronto la legítima distinción se transformó en nefasta separación. El hombre deslumbrado por su razón la empezó a idolatrar y así se radicalizaron las posturas llevando a una filosofía absolutamente autónoma de los contenidos de fe. La idolatría de la razón llegó sin darse cuenta a la desconfianza de la razón misma, surgió el escepticismo, el agnosticismo y se desacreditó la relación entre fe y razón, si no es que llegó hasta negarse. La síntesis del pensamiento de los Padres y del los grandes teólogos que orientaba hacia una armonía de crecimiento, fue perdida demasiado pronto.

En tiempos recientes este movimiento de ruptura alcanzó su culmen con el idealismo que intentó reducirlo todo hasta los misterios de la fe como la muerte y resurrección de Jesucristo a esquemas dialécticos creados por la razón. También surgieron formas de humanismo ateo que no dudaron en presentar la fe como nociva y alienante. Estas y otras ideologías llegaron a presentarse como nuevas religiones desembocando en formas pragmáticas sociopolíticas nada exitosas.

El otro camino de separación fue marcado por las ciencias y tecnologías que impusieron una mentalidad positivista donde la verdad es sólo

lo comprobable científicamente, esto ha llevado no sólo al alejamiento del concepto cristiano del hombre y del mundo, sino además al olvido de la metafísica y la moral.

Aparece así el nihilismo que logra tener atractivo en nuestros días: la existencia es sólo una oportunidad para sensaciones y experiencias en la que tiene la primacía lo efímero, no hay compromiso definitivo, todo es fugaz y provisional. Así en la cultura actual la filosofía misma ha cambiado de sentido, ya no es sabiduría y conocimiento universal, es una pequeña parcela del todo marginal. El pensamiento filosófico se instrumenta para fines pragmáticos, utilitaristas del mercado, del poder, del placer. En este punto el Papa se cita a si mismo en su primera encíclica:

“El hombre actual parece estar siempre amenazado por lo que produce, es decir, por el resultado del trabajo de sus manos y más aún por el trabajo de su entendimiento, de las tendencias de su voluntad... El hombre por tanto vive cada vez más en el miedo. Teme que sus productos, naturalmente no todos y no la mayor parte, sino algunos y precisamente los que contienen una parte especial de su genialidad y de su iniciativa, puedan ser dirigidos de manera radical contra él mismo”.

No todo es negativo. Hay gérmenes de pensamiento como los análisis sobre la percepción, la experiencia, los sentimientos, el inconsciente, la personalidad, la intersubjetividad, la libertad, los valores, los derechos humanos, el tiempo y la historia, e incluso el tema de la muerte. Todos ellos pueden ser una llamada para que el hombre busque y encuentre dentro de sí mismo el profundo y verdadero sentido de su razón y la apertura de ella al absoluto de la fe. El Papa termina diciendo:

“No es inoportuna, por tanto, mi llamada fuerte e incisiva para que la fe y la filosofía recuperen la unidad profunda que les hace capaces de ser coherentes con su naturaleza en el respeto de la recíproca autonomía”.